

Marin, hombre de valor y de prudencia, recomendándole la vigilancia, y montando en su arrogante corcel, llamado *Montilla*, uno de los caballos mejores que habian pasado de España á Méjico, marchó hácia el real de Cortés con algunos ginetes (1).

Eran las doce del dia cuando se puso en camino, pues el descalabro habia acontecido á las diez. Despues de haber tenido una escaramuza en el camino con las fuerzas mejicanas, llegó al alojamiento del caudillo español. Los soldados, al verle, se llenaron de alegría, pues miraban desmentida la noticia de su muerte dada por los aztecas. Hernan Cortés, le recibió con el placer que se siente al ver con vida al amigo á quien se sospechaba muerto. Ambos se estrecharon la mano afectuosamente, expresando la satisfaccion que cada uno experimentaba con la presencia del otro. Pasado aquel instante de mútua satisfaccion, el semblante de Cortés se veló, aunque ligeramente, por una sombra de tristeza que denunciaba su pena por el golpe sufrido, por mas que tratase de manifestarse tranquilo y sereno.

Ansioso Sandoval por saber el motivo del descalabro sufrido, le preguntó, con impaciencia, lo que habia pasado. Hernan Cortés, profundamente conmovido, le contes-

(1) El caballo perteneciente á Sandoval, se habia hecho notable en el ejército de Cortés. Bernal Diaz del Castillo habla de él en los siguientes términos: «El mejor caballo y de mejor carrera, revuelto á una mano y otra, que decian que no se habia visto mejor en Castilla ni en esta tierra, era castaño acastañado, y una estrella en la frente y un pié izquierdo calzado, que se decia el caballo Montilla; é cuando hay ahora diferencia sobre buenos caballos suelen decir: «Es en bondad tan bueno como Montilla.»

tó. «Mis pecados han permitido esta desgracia, hijo Sandoval,» epíteto afectuoso con que distinguia á su predilecto amigo. En seguida, con el acento del mas profundo dolor, le refirió la falta de precaucion de los oficiales que habian ido en la vanguardia de su columna; falta que dió por resultado los amargos frutos de una derrota.

Se ha llegado á culpar del golpe sufrido en el asalto dado al mercado de Tlatelolco, al tesorero Julian de Alderete. Solis, Prescott y otros escritores que les han seguido, le hacen aparecer como causa de la derrota sufrida cuando la victoria debió coronar los esfuerzos de los españoles. Pero nada está menos justificado que ese cargo. El tesorero Julian de Alderete, se mostró leal observante de las órdenes de su general; y lejos de hacerse acreedor á la censura, se hizo digno del aprecio de sus compañeros de armas. Hernan Cortés es el primero en elogiar, al emperador Cárlos V, la conducta observada por el tesorero real en el expresado asalto. Le dice que él, lo mismo que Andrés de Tapia, cumplió fielmente con las instrucciones que les habia dado, tuvieron el cuidado de «cegar muy bien todos los puentes que habian ganado» en sus respectivas calles. Debido á ese celo en el cumplimiento de esos deberes «lograron,» segun agrega el mismo general, «retrairse sin recibir daño de sus enemigos (1).» En vista de

(1) «Y retrayéndome lo mejor que pude, envié á decir al tesorero y al contador que se retrujesen á la plaza con mucho concierto; lo mismo envié á decir á los otros dos capitanes que habian entrado por la calle que iba al mercado; y los unos y los otros habian peleado valientemente y ganado muchas albarradas y puentes, que habian muy bien cegado; lo cual fué causa de no recibir daño al retraer. E antes que el tesorero y contador se retrujesen, ya

un documento irrecusable, como es la relacion del general en jefe que dispuso el asalto, es sensible ver adulterados los hechos por él referidos, con perjuicio de la verdad histórica y del nombre de un leal caballero, que no se apartó de la pauta de su deber.

Hernan Cortés, despues de una larga conversacion con su leal amigo sobre los tristes sucesos de aquel dia, le suplicó que marchase al campo de Pedro de Alvarado para que se informase del estado que guardaba su division. «He enviado, le dijo, al capitan Andrés de Tapia; pero temo, segun lo que tarda, que le hayan matado en el camino.» Sandoval se dispuso inmediatamente á obedecer. El general le abrazó con cariño al despedirse, y añadió: «A vos, amigo mio, encomiendo, en estos instantes, mis trabajos. La herida de la pierna me impide acudir, como quisiera, á todas partes. Velareis, por lo mismo, por la seguridad de los tres campamentos, haciendo mis veces. Bien sé que

los de la ciudad, por encima de una albarrada donde peleaban, les habian echado dos ó tres cabezas de cristianos, aunque no supieron por entonces si eran de los del real de Pedro de Alvarado ó del nuestro.»—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

No puede quedar mas justificada la conducta del tesorero Julian de Alderete. Si hubiera sido el culpable en el descalabro sufrido, el general hubiera tenido buen cuidado de manifestarlo para salvarse él de todo cargo que pudiera hacérsele. Hé aquí, sin embargo, lo que dice Solis: «Y Julian de Alderete, con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los españoles, aprendió que no era decente á su persona la ocupacion á su parecer mecánica, de cegar un foso cuando estaban peleando sus compañeros; y se dejó llevar inconsideradamente á la ocasion, cometiendo este cuidado á otro de su compañía... El tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su desobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito.»

Pedro de Alvarado es un valiente capitan, que se habrá batido con el heroismo que le distingue y que continuará luchando siempre como esforzado caballero; pero temo que los astutos y tenaces mejicanos espíen el momento de cogerle desprevenido.» Nada habla mas alto en favor del ventajoso concepto que el general español tenia formado del buen juicio, valor y rectitud de Sandoval, que al confiarle el cuidado de los tres campamentos, prefiriéndole á todos los demás capitanes.

El joven y favorecido capitan montó en su brioso caballo acastañado Montilla, y acompañado de Francisco de Lugo y de los ginetes que habia llevado, se dirigió al real de Pedro de Alvarado.

Eran las cinco de la tarde. La division del hombre llamado por los indios «hijo del sol,» se habia detenido á descansar en un sitio próximo á sus cuarteles. Un brazo de agua de bastante profundidad, se interponia entre las fuerzas españolas y mejicanas, impidiendo á las últimas ofender á sus contrarios. Bajo la sombra de unos copudos árboles, donde se disfrutaba de una fresca y agradable brisa, se encontraban reunidos Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lugo, Andrés de Tapia y otros distinguidos caballeros. El asunto de la conversacion que les ocupaba, era el descalabro sufrido en el asalto dado á la plaza del mercado de Tlatelolco. Cada capitan refirió lo que en la division que mandaba habia sucedido y el estado en que se hallaban sus tropas. Referidos los hechos con franca y leal sinceridad, Gonzalo de Sandoval comunicó á Pedro de Alvarado las disposiciones de Hernan Cortés y lo resuelto que estaba á continuar con ma-

por vigor el sitio, despues de que hubiesen transcurrido algunos dias de descanso, en que solo se debia estar á la defensiva.

Las tristes reflexiones á que se encontraban entregados por los funestos resultados del asalto, contrastaban con la apacible suavidad de la atmósfera y con el risueño aspecto que presentaba el limpio azul del transparente cielo que comunicaba á las ondas del lago su suave y delicado color. Las risueñas esperanzas de triunfo, concebidas en la víspera, habian desaparecido como desaparece para el desgraciado el rápido y deslumbrador ensueño de ventura, despertando para palpar la desgracia. Sin embargo, nuevas esperanzas empezaron á lisonjear en aquellos mismos instantes la mente de los valientes caballeros allí reunidos. El revés sufrido, se decian, reconoce por única causa un descuido de los oficiales que iban en la vanguardia de la columna de Cortés. Si hubieran cumplido con las órdenes dictadas por el general, serian ya dueños de Tlatelolco. El descalabro sufrido, serviria de leccion para lo sucesivo, y la ciudad, en consecuencia, sucumbiria. La derrota, segun ellos, no habia hecho mas que retardar algunos dias la caida del imperio azteca.

Estas seductoras reflexiones, que acariciaban la mente de los oficiales castellanos, fueron interrumpidas por el melancólico sonido de un instrumento que en el campamento español era demasiado conocido. El colosal tambor, llamado *teponaxtli*, sonó en una de las altas torres del gran templo del sangriento dios Huitzilopochtli. Estaba hecho de pieles de serpiente y de otros animales grandes. Bernal Diaz del Castillo, que escuchó con frecuencia su terrorí-

fico tañido, dice que «su sonido era muy triste, como instrumento de demonios, cuyo estruendo espantoso se escuchaba á distancia de dos leguas (1).» Al oirlo, todos dirigieron la vista hácia las torres del *teocalli*. Sabian que el pavoroso toque de aquel ronco instrumento anunciaba siempre una de esas sangrientas escenas religiosas con que procuraban saciar la sed de sangre de sus inhumanos dioses. El lúgubre son del horrible *teponaxtli* traia á la memoria de los españoles las desastrosas escenas de la *Noche Triste*, en que, al compás de los crueles tañidores, iban siendo sacrificados, al númen de la guerra, los desventurados compatriotas que habian caido prisioneros. Pero aun estaba mas reciente su terrorífico sonido. En los momentos del asalto lo habian escuchado, y pocos momentos despues, las cabezas ensangrentadas de varios españoles sacrificados, les fueron arrojadas de las azoteas. Nuevas escenas de horror debian, por lo mismo, anunciar los toques recientes del colosal tambor. Su sonido se escuchó en los tres campamentos; y los soldados, con el corazon oprimido de pena, salian de sus barracas y subian á las azoteas, para enviar su mirada hácia el sitio de donde salia la aterradora señal de alguna funesta hecatombe (2).

(1) «Tañian un atambor de muy triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto, que se oia dos ó tres leguas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado, contando cada uno lo que le habia acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó á sonar el atambor de Huichilobos... y miramos hácia el alto cu.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Al fijar la vista en el *teocalli* del dios Huitzilopochtli, los soldados de Pedro de Alvarado, cuyo campamento era el mas próximo al templo de la funesta deidad, se estremecieron ante el triste espectáculo que se presentó á sus ojos. Una larga procesión se descubría subiendo despacio las gradas que rodeaban el templo por la parte exterior desde su base á la cúspide. Varios sacerdotes, con las vestiduras manchadas de sangre y atado en trenzas su largo y enmarañado cabello, rompian la marcha, entonando himnos de alabanza al númen de la guerra, al son de inarmónicos instrumentos; seguian á los ministros de las falsas deidades, las víctimas que debian ser sacrificadas, y cerraba la procesión un numeroso acompañamiento de guerreros y de nobles, vestidos con sus mas lujosas galas. Cuando la procesión llegó al átrio superior del templo que dominaba los edificios de la capital, Alvarado, Sandoval y todos los que se hallaban en el campamento, fijaron con ansiedad la vista en los que formaban el concurso de la fiesta idolátrica. No les separaba del sitio de la escena mas que una milla escasa. La atmósfera estaba limpia y transparente, y á la corta distancia á que se hallaban, facilmente podian distinguir el color de los objetos y aun los actos mas marcados de las ceremonias religiosas. Formando á un lado los sacerdotes que iban por delante, dejaron despejado el centro de la cúspide plana ó átrio superior del *teocalli*, entregando á los sacrificadores las tristes víctimas que debieran ser sacrificadas. Llevaban éstas desnudo el cuerpo, de la cintura para arriba; y por el color blanco del cútis, comprendieron los españoles, que los destinados á la muerte eran compatriotas suyos, hechos

prisioneros en el combate de la mañana. Les habían adornado la cabeza con profusion de plumas de brillantes colores y llevaban en las manos abanicos de palma, de la forma de los aventadores. Los desdichados miraban desde allí el campamento de sus camaradas, sin poder ser socorridos de ellos. Conducidos delante de la horrible estátua de Huitzilopochtli, los daban terribles golpes para obligarles á tomar parte en las danzas con que se honraba á la sangrienta divinidad. Terminada esta ceremonia, se les despojó de sus adornos, y uno despues de otro fueron conducidos á la gran piedra de los sacrificios, donde tendidos en la superficie convexa, y sujetos los brazos, las piernas y la cabeza, por los que ejercian el oficio de verdugos sacerdotales, eran heridos por el sacerdote sacrificador, quien abriéndoles el pecho con un agudo cuchillo de obsidiana, les arrancaba con la mano el corazón que, palpitante, lo presentaba á la falsa divinidad. El cuerpo de la desventurada víctima se arrojaba por las gradas del templo al átrio inferior, donde los dueños de ella, lanzándose como hambrientos buitres sobre su presa, le cortaban los brazos y las piernas para comerlos en sus banquetes de caníbales, con que completaban el horrible cuadro de una de sus fiestas religiosas.

La impresion de horror que causó en el campamento de Pedro de Alvarado el terrible espectáculo que acababan de presenciar, no es dable á la pluma poder expresarlo. Una profunda tristeza se apoderó del corazón de oficiales y soldados, al ver á sus desgraciados compatriotas en medio de los sacerdotes del horrible ídolo de Huitzilopochtli, sin poder favorecerles, cuando se hallaban á un paso de

ellos (1). Conmovidamente con la idea de los sufrimientos de sus pobres compañeros, elevaban su corazón á Dios, bendiciéndole porque se habia dignado salvarles aquel día de la espantosa muerte del sacrificio, y pidiéndole que les libertase de ser conducidos á la piedra de la mentida divinidad (2). La impresion causada por las conmovedoras escenas que acababan de presenciar fué profunda, y nunca llegó á borrarse, desde entonces, de la imaginacion de los soldados. El bravo militar cronista, frecuentemente citado en esta obra, dice que desde entonces, al entrar en accion, sentía, sin que pueda él mismo explicarse la causa, una extraña tristeza que pasaba inmediatamente; y pide á los prácticos en el arte de la guerra, la explicacion de aquella instantánea melancolía; pues asegura «que no dimanaba de falta de ánimo, sino mas bien de sobra de esfuerzo (3).»

Cuando los españoles del campamento de Pedro de Al-

(1) «Miren los curiosos lectores que esto leyeren, qué lástima teníamos dellos... Y tambien tengan atencion que no estábamos lejos dellos y no los podíamos remediar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y decíamos entre nosotros: ¡Oh gracias á Dios que no me llevaron hoy á sacrificar!... rogábamos á Dios que fuese servido de nos guardar de cruelísima muerte.»—El mismo.

(3) «Agora que estoy fuera de los recios combates y batallas de los mejicanos... quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeci6, y es, que despues que vide abrir por los pechos y sacar los corazones y sacrificar á aquellos sesenta y dos... antes de entrar en las batallas se me ponía por delante una como grima y tristeza grandísima en el corazon; y encomendándome á Dios y á su bendita Madre Nuestra Señora, y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba. Digan agora todos aquellos caballeros que desto del militar entienden y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á qué achacarán mi temor, si es á mucha flaqueza de ánimo ó á mucho esfuerzo.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

varado se hallaban afectados por el horrible espectáculo que acababan de presenciar, los mejicanos, sintiendo crecer su valor con aquel acto religioso, que juzgaban grato á sus dioses, se lanzaron sobre los españoles, ansiosos de nuevas víctimas para ofrecer al númen de la guerra. «Mirad, gritaban al mismo tiempo que acometian con furia espantosa, como han muerto vuestros amigos, morireis vosotros; nos lo han prometido nuestros dioses.» Los soldados castellanos, que siempre estaban prevenidos para el combate, recibieron á sus contrarios con notable serenidad, obligándoles á retirarse con el fuego de sus mosquetes y la artillería de sus bergantines.

Hernan Cortés se había propuesto suspender todo ataque sobre la ciudad durante algunos dias. Casi todos los soldados se hallaban heridos, lo mismo que los caballos, y era preciso que se atendiese á su curacion para continuar los asaltos. Tambien los bergantines tenian necesidad de algunas reparaciones, y no menos se necesitaba componer las ballestas y algunos arcabuces.

Los continuos aguaceros, la falta de víveres, la carencia de barracas para guarecerse de las lluvias y la constante vigilancia desplegada noche y dia en los campamentos, eran sufrimientos terribles, que parecian superiores á la resistencia del hombre. A estas funestas calamidades, se agregaba la falta de medicinas para los enfermos y heridos. Todas las curaciones se hacian con aceite y oprimiendo las heridas con lienzos de algod6n. Por fortuna creyeron encontrar en uno de los soldados, la ciencia de curar á los que padecian. Se llamaba el soldado Juan Catalan. La medicina que aplicaba y que fué reputada como la pa-